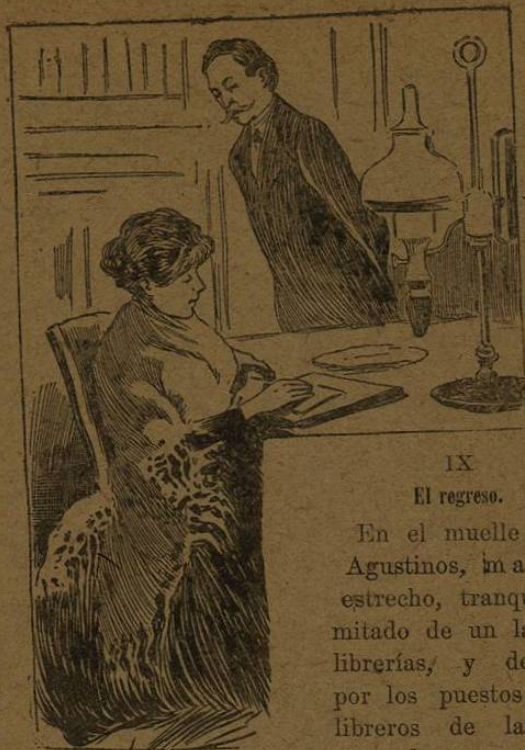


Una gran sombra sube, se arrastra, apoyándose en la pared.



IX

El regreso.

En el muelle de los Agustinos, malecón estrecho, tranquilo, limitado de un lado por librerías, y del otro por los puestos de los libreros de lance; en una de esas antiguas casas del último siglo, cerrada con pesadas puertas de medio arco, hallábase instalada la "Revista de las Razas futuras." No se escogió para ella al azar aquel barrio retirado. En París, los periodistas y las publicaciones se fundan, en general, en el barrio que más les conviene. En el centro, junto á los grandes boulevares, las hojas mundanas ostentan sus cubiertas abigarradas, cual telas nuevas. En el barrio la-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS  
 ALFONSO...  
 1925



tino, periodiquillos efímeros alternan con coplas ilustradas y escaparates sabios de las librerías médicas. Pero las revistas de lectura compacta, serias, que tienen un fin, escogen calles tranquilas, claustrales, en donde el movimiento del París que pasa no molesta mucho sus trabajosas lucubraciones.

La "Revista de las Razas futuras," publicación independiente y humanitaria, estaba admirablemente situada sobre aquel malecón en donde se respiraba polvo de gruesos librotés, "en la vecindad de la Academia," como decía Carlota. También la casa, con viejos balcones ennegrecidos, su viejo frontispicio, su ancha escalera con pasamano ornamentado, suficientemente enmohecido y triste, respondía bien al espíritu de la Revista. Pero lo que menos correspondía era el aspecto y el traje de los redactores.

Desde hacía unos seis meses que estaba fundada "Las Razas futuras," el portero aterrorizado, había dejado franquear el umbral de la casa á cuanto encierra de más grasiento, más anormal y más misero la literatura. "Vienen aquí hasta negros, hasta chinos," les decía á sus colegas del muelle de los Agustinos el desdichado carcelero; y supongo que al decir eso se refería á los de Moronval, uno de los asiduos de la Revista, escoltado siempre de algún "exótico." Pero no era Moronval el único familiar de la venerable casa convertida en cita de los bohemios de París y de la provincia, de todos esos tristes que circulan por la vida con manuscritos demasiado voluminosos para sus demasiado estrechas levitas.

Un bohemio fundando una Revista, y una revista

con dinero, con acciones, figúrense qué suerte. Hay que decir que no había accionistas.

Hasta la fecha, sólo dos existían, D'Argenton, naturalmente, y luego... nuestro amigo Jack. No se rían ustedes. Jack era accionista de la "Revista de las Razas futuras." Figuraba por la cantidad de diez mil francos en los libros, los diez mil francos de "Buen Amigo." Algunos escrúpulos había tenido Carlota al emplear así aquella suma que tenía que entregar á su hijo cuando éste fuera mayor; pero cedió á los razonamientos de D'Argenton:

—Vainos á ver... Comprende la cosa... Es una colocación magnífica... Los números son los números. Mira cómo se cotizan las acciones de la "Revista de Ambos Mundos." ¿Hay una colocación que pueda compararse con esta? No digo yo que realicemos en seguida semejantes beneficios. Pero aunque sólo sacáramos la cuarta parte, vale esto más que papel del Estado ó los ferrocarriles. Mira si he titubeado yo en poner ahí mi dinero."

Y la verdad es que, conociendo la sórdida avaricia del poeta, aquel argumento no tenía réplica.

Desde hacía seis meses, D'Argenton había sacrificado más de treinta mil francos para la instalación de las oficinas, el alquiler, la redacción, sin hablar de adelantos hechos ya sobre trabajos que no habían sido aún entregados. Actualmente, nada quedaba de la primera remesa de fondos; y se iba á ver obligado, como él decía, á hacer otro llamamiento á sus accionistas, pues había inventado aquel pretexto de los accionistas para librar-se de los sablazos.

La verdad es que, hasta entonces, enfrente de la au-



encia total de ingresos, los gastos eran demasiado pesados. Además de las oficinas de la Revista, el poeta había alquilado en el cuarto piso de la casa un hermoso cuarto con balcones á la calle, teniendo ante él un horizonte maravilloso; la "Cité," el Sena, Nuestra Señora, cúpulas, agujas y los coches que corren por los puentes, y los barcos que pasan bajo los arcos de esos puentes. Allí, siquiera, se sentía respirar y vivir. Ya no era aquello como el rincón perdido de Aulnettes, en donde, por el verano, un moscardón que atravesaba el gabinete del poeta todas las tardes á las tres, era esperado como el acontecimiento del día. ¡Imposible trabajar en semejante letargo! ¡Y pensar que tuvo valor de encerrarse allí durante seis años! Y ¡claro! ¿qué sucedió? Pues que empleó seis años en escribir la "Hija de Fausto," mientras que, desde su llegada á París, merced al medio intelectual, había principiado no sé cuántos estudios, artículos de fondo y novelas.

También Carlota tomaba parte en la actividad febril de su artista. Siempre joven, siempre fresca, vigilaba la casa y la cocina, lo cual no era cosa de juego con la enorme cantidad de convidados reunidos continuamente alrededor de la mesa. Y también la asociaba él á sus tareas.

Para facilitar sus digestiones, había tomado la costumbre de dictar, en lugar de escribir; y como tenía Carlota una hermosa letra inglesa, ella era quien le servía de secretario. Todas las noches, cuando comían solos, dictaba él durante una hora, paseándose por la habitación. En la vieja casa adormilada oíanse sus pasos, su voz solemne, y otra voz dulce, amable, ad-

mirable, que parecía ayudar á aquel pontífice oficiando.

—Ya está nuestro autor componiendo, decía con respeto el portero.

La noche en que nos hallamos frente á la pareja D'Argenton, hallábase ésta instalada en un precioso saloncito, perfumado de te verde y de cigarrillos habanos. Carlota está preparando su mesa para escribir, colocando un tintero, un portaplumas de marfil, polvillos de oro para secar, y hermosos cuadernos de papel blanco, con márgenes para las correcciones. Precaución inútil, pues nunca corrige el poeta; viene la idea como viene, de un golpe, y ya no se toca á ella. Pero es más bonito el cuaderno con márgenes, y cuando se trata de su poeta, pone Carlota en juego toda su coquetería.

Justamente aquella noche está inspirado D'Argenton; siéntese con ánimos suficientes para estar dictando toda la noche, y quiere aprovechar la ocasión para escribir un largo artículo sentimental, destinado á engatusar al abonado cuando llegue la época del renuevo de abono.

Tortura su bigote, en el que se notan algunos hilos blancos, y levanta su espaciosa frente, la que resulta mayor aún, porque se está desplumando. Espera la inspiración. Por un contraste bastante frecuente en la vida íntima, no está Carlota tan bien dispuesta. Diríase que hay una nube en sus ojos brillantes. Está pálida, distraída, pero siempre dócil, pues á pesar de su evidente cansancio, principia á mojar su pluma en el tintero; con delicadeza, con el dedo chico en el aire, cual gata que teme mancharse las patitas.



—¡Vamos, Lotita! ¿Estás ya? Capítulo primero...  
¿Has escrito capítulo primero?

—Capítulo primero... dice Carlota con voz triste.

El poeta la mira nervioso; y después principia con resolución evidente de no ocuparse de ella, importándole poco el motivo de su tristeza:

“En un valle perdido de los Pirineos, de esos Pirineos tan fecundos... de esos Pirineos tan fecundos en leyendas...”

Este sonsonete le encanta.

Repítelo varias veces con modulaciones de vanidad; luego, volviéndose hacia Carlota:

—¿Has puesto “tan fecundos en leyendas?...”

Trató de repetir “tan fe... tan fecundos,” pero se detuvo, con la voz entrecortada por sollozos.

Carlota llora. Por más que muerde su pluma y aprieta los labios para contenerse, las lágrimas desbordan. Lloro, llora....

—¡Vaya, bueno!, dice D'Argenton malhumorado...  
¡Y qué bien cae la cosa! ¡Una noche que estaba yo tan bien dispuesto!... ¿Qué te pasa? ¿Es esa noticia del “Cydnus”? ¿Y qué? Es un rumor sin fundamento. Ya sabes cómo son los periódicos. De todo echan mano para llenar sus columnas... Todos los días sucede eso de estar sin noticias de un buque. Además, hoy ha debido ir á la Compañía nuestro amigo Hirsch...

... Va á venir luego, y sabrás á qué atenerle. Tiempo te queda de sobra para lamentarte.

Háblale el poeta con voz desdeñosa, de una condescendencia autoritaria, como se habla á los débiles, á los niños, á los locos, á los enfermos; ¿no es ella algo de todo eso? Luego, después de calmada:

—¿En dónde estabas? Me has hecho perder el hilo. Léeme cuanto te he dictado.... ¡Todo!

Carlota contiene sus lágrimas, y repite por décima vez:

—“En un valle perdido de los Pirineos, de esos Pirineos tan fecundos en leyendas...”

—¡Y qué más?

Detiénese ella un momento, vuelve la página del cuaderno nuevo, y por fin dice:

—Nada más.

Queda asombrado D. Argenton; parecíale que había mucho más. Eso le sucede siempre cuando dicta. El terrible adelanto que sobre la expresión lleva el pensamiento, le desconcierta. Todo cuanto sueña, todo cuanto se halla en su cerebro en estado de embrión, créelo ya formulado, realizado; y después de accionar mucho de mascullar algunas palabras, queda aterrado ante lo poco que ha producido, ante la desproporción del ensueño y de la realidad. Desilusión de Don Quijote creyéndose en el Empíreo, tomando por el viento del espacio el aliento de los marmitones y los fuelles de cocina que agitan en torno suyo, y sintiendo sobre su caballo de madera todas las peripecias de una caída imaginaria. También D'Argenton se creyó arrastrado en el espacio, volando, volando... ¡Cómo! ¡Tantos calofríos, tanta fiebre, exaltación, actitudes, pasos contrariados, tantas veces pasar la mano por su cabellera, para llegar á estas dos líneas: “En un valle perdido de los Pirineos, de esos Pirineos, etc!” Y siempre sucede lo mismo.

Está furioso, siempre puesto en ridículo:

—Pero también es culpa tuya, le dice á Carlota...



¡Vaya un estímulo para trabajar, el estar enfrente de una persona cuyo lloriqueo es incesante! Mira, esto es horrible... Todo un mundo de pensamientos, de concepciones... Y luego nada, nada, nunca nada. Y pasa el tiempo, corren los años, y otros cogen los puestos... ¿Por lo visto no sabes, desdichada mujer, qué poco se necesita para ahuyentar la inspiración?... ¡Oh! ¡Estrellarse siempre contra alguna estúpida realidad!... Yo, que para escribir necesitaría vivir en una torre de cristal, á mil pies por encima de las nimiedades de la vida, he escogido por compañeros al capricho, al desorden, al ruido...

Da una patada en el suelo, arrea un puñetazo sobre la mesa, mientras Carlota, que no ha llorado lo suficiente, recoge, derramando lágrimas, las plumas, el limpiaplumas, portaplumas, todos sus arreos de secretario, desparramados sobre la alfombra del salón.

La llegada del doctor Hirsch pone término á esta escena dolorosa, pero tan frecuente, que todos los átomos de la casa están acostumbrados á ella; y en cuanto pasa la tormenta, en cuanto cesa el mal humor, vuelven en seguida á sus respectivos asientos y devuelven á los objetos su apariencia de armonía y de tranquilidad acostumbradas. No viene sólo el doctor; acompañañale Labassindre, y ambos operan una entrada misteriosa, grave, extraordinaria. Sobre todo el cantante, acostumbrado á los efectos escénicos, tiene cierta manera de cerrar herméticamente los labios, alzando la cabeza, que significa visiblemente: "Sé decidirme á comunicároslo."

D'Argenton, temblando aún de furor, no comprende lo que significan esos apretones de manos tan ra-

ros, tan significativos que le prodigan sus amigos sin desplegar los labios. Una palabra de Carlota le enterera de lo que ocurre.

—¿Y qué, doctor? dice ella adelantándose hacia el médico fantasista.

—Pues siempre lo mismo, señora. No hay noticias.

Pero mientras dice "no hay noticias," dirigiéndose á Carlota, le da, por el contrario, á comprender á D'Argenton, con sus ojos desmesuradamente abiertos bajo sus gafas saltonas, que lo que dice es una gran mentira; que hay noticias, noticias terribles.

—¿Y qué piensan esos señores de la Compañía?... ¿Qué dicen?... preguntó la madre con el deseo y el miedo de enterarse, tratando de descifrar la verdad sobre aquellas caras y muecas.

—Pues... señora... pues... Mientras se enreda Labassindre en una serie de frases largas, muelles, que no consiguen tranquilizar, Hirsch, á fuerza de retorcer la boca según el método Decostère, ha conseguido dar al poeta la configuración de estas palabras: "Cydnus" perdido, con equipaje y tripulación... Colisión en alta mar... Hacia el Cabo Verde... ¡Espantoso!"

El grueso bigote de D'Argenton se ha estremecido, pero nada más; mirando aquella cara paliducha, vana y correcta, en la que no se ha movido una facción, bien difícil sería definir sus impresiones, saber si domina allí el triunfo ó un tardío remordimiento ante aquel lúgubre desenlace. Quizás pugnen estos dos sentimientos sobre el rostro impasible, que no traduce claramente ninguno de ellos.

Únicamente siente el poeta la necesidad de ir á



evaporar fuera la agitación que le causa aquella gran noticia.

—He trabajado mucho, dice muy seriamente á sus amigos... Quiero tomar el aire... Vamos á dar una vuelta.

—Haces bien, dice Carlota... Sal un poco; eso te estará bien.

Carlota, que generalmente retiene en casa á su "artista," porque cree que todas las damas del arrabal San Germán están enteradas de su regreso, y han tomado ya número para "beberle toda la sangre de su corazón," siente aquella noche especial satisfacción al verle marchar, quedándose ella sola con sus pensamientos. Podrá, pues, llorar á sus anchas, sin que trate nadie de consolarla, entregándose por completo á sus terrores, á esos presentimientos que no se atreve ella á confesar por miedo á que le digan brutalmente alguna palabra de consuelo. He aquí por qué hasta la misma criada la molesta, y en lugar de entablar larga charla con ella, como lo hace cada vez que sale el señorito, la manda aquella noche á su cuarto.

—¿Quiere la señora quedarse sola?... ¿No tiene miedo la señora?... ¡Es tan triste ese viento que sopla por el balcón!

—No; déjeme usted...; no tengo miedo.

Por fin, ya está sola, ya puede callarse, reflexionar como guste, sin que le diga la voz del tirano: "¿En qué estás pensando?...?" ¿En qué ha de pensar? ¡En su Jack! ¿Y en qué otra cosa podría pensar?

Desde que ha leído en el periódico este lúgubre

renglón: "No hay noticias del Cydnus," la imagen de su hijo la persigue, la enloquece, no la abandona. Si quiera durante el día, el egoísmo exclusivista de su poeta le quita hasta su tormento; pero por la noche, no duerme. Escucha el viento que sopla, y le causa singular terror. En aquel ángulo del malecón en que habitan, siempre llega de algún punto diferente, irritado ó plañidero, sacudiendo las viejas maderas, rozando los cristales sonoros, haciendo chasquear alguna persiana desenganchada. Pero ya grite ó cuchichee, siempre le está hablando á Carlota. Le dice, lo que dice á las madres y á las mujeres de los marineros: palabras que la hacen palidecer.

Y es que viene de lejos ese viento de tempestad, y viene de prisa; y ¡cuántas aventuras ha visto! Sobre esas grandes alas de pájaro loco, alas con que tropieza en todas partes, todos los rumores, todos los gritos son transportados y anunciados con igual rapidez. A veces bromista ó terrible, en el mismo minuto desgarrar la vela de un barco, apaga una bujía, levanta una punta de mantilla, prepara varias tormentas, activa un incendio; todo eso es lo que él cuenta y lo que da á su voz tantas entonaciones diferentes, alegres ó fúnebres.

Esta noche su voz es siniestra. Pasa corriendo sobre el balcón, sacude las ventanas, silba debajo de las puertas. Quiere entrar. Tiene algo urgente que decirle á esa madre; y todos los ruidos que trae, que sacude contra la vidriera, sacudiendo sus alas húmedas, retumban como un llamamiento ó un aviso. La voz de los relojes, un lejano silbato de tren, todo toma el mismo acen-



to quejumbroso, reiterado, apremiante. Lo que quiere decir el viento, de sobra lo sospecha ella. Habrá visto, en alta mar, pues en todas partes está al mismo tiempo, un gran buque luchando en medio de las olas, abrir sus flancos, perder su velamen, hundirse en el abismo con brazos extendidos, caras espantadas y pálidas, cabellos ocultando miradas enloquecidas, y gritos, sollozos, despedidas, maldiciones echadas en el umbral de la muerte. Es tal su alucinación, que cree oír, entre los rumores que á ella acuden desde el lejano naufragio, un quejido vago, apenas articulado:

—¡Mamá!

Es sin duda una ilusión, un error de su pensamiento inquieto.

—¡Mamá!

Esta vez, el quejido es algo más fuerte. . . . Pero no, es imposible. Será que le zumban los oídos. . . . Pero, Señor, ¿ya acaso á volverse loca? . . . Para sustraerse á aquella sorpresa de sus sentidos, Carlota se levanta y anda por el salón. . . . Mas no hay duda, alguien ha llamado. Y ha sido en la escalera. Carlota corre á abrir la puerta.

El gas está apagado, y la lámpara que ella tiene en la mano dibuja, sobre los peldaños, los arabescos del pasamanos. . . . Nadie. . . . Y, sin embargo, está ella segura de haber oído. Se inclina, alzando mucho su luz. Entonces, algo suave y ligero, que flota entre la risa y el sollozo, resuena en la escalera, por la que sube una gran sombra, arrastrándose junto á la pared.

—¿Quién está ahí? . . . grita ella temblando, animada de loca esperanza, que la impide tener miedo,

—Soy yo, mamá. . . . ¡Oh! ¡bien te veo! . . . contesta una voz ronca y débil.

Baja ella presurosa algunos peldaños. Es él, es su Jack, ese obrero herido que se apoya sobre dos muletas, tan débil, tan emocionado al pensar que verá á su madre, que ha tenido que detenerse en medio de la escalera, llamándola con voz lastimera. ¡He ahí lo que ella ha hecho de su hijo!

¡Ni una palabra, ni un gesto, ni una caricia! Están ahí, enfrente uno de otro, y lloran mirándose.

Hay fatalidades de ridículo que persiguen á ciertos seres y convierten en inútiles ó falsas todas sus manifestaciones.

Estaba escrito que D'Argenton, rey de los Fracados, fracasaría en todos sus efectos. Cuando volvió, aquella noche había resuelto, después de haberlo hablado detenidamente con sus amigos, anunciar la fatal noticia á Carlota, para acabar ya de una vez con aquello, sosteniendo aquel primer asalto con unas frases solemnes, indicadas en aquella circunstancia. Sólo la manera que tuvo de abrir la puerta, anunciaba la gravedad de lo que iba á decir. Pero ¡cuál no fué su sorpresa al hallar, á hora tan desusada, que había aún luz en el salón! Carlota, de pie, y junto á la lumbre, los restos de una de esas comidas devoradas de prisa y corriendo, comidas de esas que improvisa la emoción de la llegada ó la despedida.

Vino hacia él muy agitada:

—¡Chito! No hagas ruido. . . . Está ahí. . . . Duerme. ¡Oh, qué feliz soy!

—¿Quién?

—Pues Jack. Ha naufragado. Está herido. Su buque



se perdió. A él lo han salvado por milagro. Llega del Río Janeiro, donde ha pasado dos meses en el hospital.

Tuvo D'Argenton una vaga sonrisa, que podía, en rigor, pasar por prueba de satisfacción. Hay que hacerle la justicia de que tomó la cosa muy paternalmente, y que fué el primero en decir que Jack se quedaría en casa hasta que estuviera completamente bueno. Y en verdad que es lo menos que podía hacer por su principal y único accionista. Diez mil francos de acciones merecían alguna consideración.

Pasada la primera emoción, pasados que fueron los primeros días, volvieron á sus costumbres el poeta y Carlota; allí no había más que la presencia de aquel querido enfermo, cuyas piernas, abrasadas por la explosión de una caldera, eran difíciles de cicatrizar. Con su chaqueta de lana azul, negro aún el rostro por su antiguo oficio, con las facciones abultadas, estropeadas por una capa morena, de la que se destacaba su bigote rubio con un color de mies abrasada; encarnados los ojos y sin pestañas, roja la faz, hundidas las mejillas, ocioso, descorazonado, envuelto en esa lasitud que deja las grandes catástrofes, el ahijado de lord Peambock, el Jack de Ida de Baraney, se arrastraba de silla en silla, causando espantosa irritación en D'Argenton y gran vergüenza en su madre.

Cuando veía ésta entrar á algún desconocido en la casa, cuando notaba alguna mirada de extrañeza, curiosa, deteniéndose sobre el obrero cuyo porte, cuya palabra, formaban extraño contraste con el lujo de aquel interior, apresurábase ella á decir: "Es mi hijo. . . . Les presento á ustedes á mi hijo. . . . Ha estado muy enfermo"; como esas madres de niños delicados, que se

apresuran á afirmar su maternidad por miedo á sorprender alguna sonrisa ó alguna compasión demasiado significativas. Pero si sufría Carlota al ver á su Jack en aquel estado, si se avergonzaba de sus modales vulgares, casi groseros, de ciertas maneras que tenía de sentarse á la mesa, en las que se notaban costumbres de taberna, comilonas de marinero, más sufría ella aún por el tono de desprecio que los familiares de la casa afectaban al hablar de su hijo.

Jack halló allí á todos sus antiguos conocidos del Gimnasio, á todos los fracasados de "Parva domus," con algunos años más, con pelo y dientes menos, pero inmóviles en sus situaciones sociales y moviéndose en el mismo sitio, como verdaderos fracasados que eran. Todos los días reuníanse en las oficinas de la "Revista" para discutir el número, y, dos veces á la semana, había gran comida en el cuarto piso. D'Argenton, que ya no podía vivir sin ver mucha gente en torno suyo, rebotaba aquella debilidad á sus propios ojos, con la asombrosa fraseología cuyo secreto él poseía:

—Tenemos que formar un grupo. . . . Hay que apretarse unos á otros, marchar todos juntos.

¡Y se apretaban de firme! Estrechábanse en torno suyo hasta ahogarle. Entre todos, aquel cuyos codos más le entraban en el cuerpo, hasta los huesos, era Evaristo Moronval, secretario de la redacción en la "Revista de las Razas futuras."

Moronval era quien había ideado eso de la "Revista," y á él le debía su título palingenésico y humanitario. El corregía las pruebas, vigilaba el ajuste, leía los artículos, las novelas, y, por fin, reanimaba, con palabras de fuego, el valor abatido del director ante la in-



diferencia de los abonados y los gastos incesantes de toda especie.

Por estos múltiples servicios, tenía el mulato un sueldo fijo bastante escaso, pero él lo redondeaba con toda especie de trabajos suplementarios y peticiones de dinero.

Hacia ya tiempo que el gimnasio de la Avenida Montaigne había quebrado, pero no por eso había renunciado del todo su director á la educación de niños del Oriente; y siempre venía á la "Revista" escoltado por los dos últimos productos que le quedaban de aquel extraño cultivo. Uno de ellos era un pequeño Príncipe japonés, joven de una edad indefinida, entre quince y cincuenta, y que, al no tener ya su largo vestido de mikado, parecía tan pequeñito, delgadillo, con un bastoncillo, un sombrerillo, con aspecto de una figurilla de barro amarillo, caída de una estantería sobre la acera parisiense.

El otro, un muchachillo de quien sólo se veían los ojillos y la frente, pues todo lo demás desaparecía en un montón de grasa, bajo una barba negra y rizada como palisandro en rama, evocaba varios recuerdos en la memoria de Jack, quien reconoció á su viejo amigo Said, por ciertos cigarrillos que no dejó de ofrecerle el egipciaco en una de sus primeras entrevistas. Hacia ya tiempo que había concluido la educación aquel desdichado joven; pero sus padres se lo dejaban á Monronval, para que éste lo iniciara en los usos y costumbres del gran mundo. Fuera de Said, todos los familiares de la "Revista" y de las comidas semanales, el mulato, Hirsch, Labassindre, el sobrino de Berzelius y los demás, tomaban, para hablarle á Jack, el mismo tono

protector, condescendiente y familiar. Habriase dicho que era algún pobre diablo admitido por favor á la mesa de un rico patrono.

No había quedado "don Jack" más que para una persona, la dulce y excelente señora Monronval-Decostère, siempre igual, con su grande y solemne frente reluciente y su vestidito negro, menos solemne, pero más reluciente que la frente. Además, que le llamasen "don Jack," ó "chico," ó "amigo," ó "hijo mío;" que le tuviesen tono despreciativo, indiferente ó cariñoso, todo le era igual á aquel desgraciado, que se quedaba en un rincón, con la pipa entre los dientes, adormilado, embrutecido, escuchando, sin entenderlas, las chillerías literarias con que habían mecido sus primeros años. Sus dos meses de hospital, sus tres años de alcohol y de departamento de calderas, y la última sacudida, le habían causado un atontamiento, un cansancio, la necesidad de no hablar, de no moverse, de dejar huir y apagarse en la tranquilidad del silencio las iras del mar, mezcladas con el bramido de las máquinas que aún retumbaban en el fondo de su cerebro como el ruido de la ola en el fondo de una concha.

—"Está embrutecido..." decía á veces D'Argenton.

No: pero soñoliento, mudo, sin voluntad, entregado por completo al bienestar de la inmovilidad del suelo y de la serenidad del aire. No. No hallaba algún calor, algo de vida, sino con su madre, en las pocas tardes en que se ausentaba el poeta. Entonces se acercaba á ella, reanimábase con sus charlas de pájaro, con sus palabras de ternura. Sólo que prefería escucharla á hablar él mismo.

Su voz hacíale en el oído un delicioso murmullo, co-



mo el de las primeras abejas durante el verano, en el tiempo de la miel.

Un día que estaban sentados uno al lado de otro, despertóse repentinamente de un prolongado letargo, y le dijo á Carlota, lenta, muy lentamente:

—Cuando yo era niño, hice un largo viaje, ¿verdad?

Miróle ella algo turbada. Era la primera vez, en su vida, que se ocupaba él del pasado.

—¿Por qué?... preguntó ella.

—Pues porque el primer día que puse el pie sobre un buque, hace tres años, experimenté curiosa sensación... Parecíame que cuanto veía lo había visto ya otra vez... La luz que se filtraba hasta los camarotes me impresionaba como un recuerdo... Parecíame que cuando era pequeñito había yo jugado sobre aquella escalera. Tiene uno cosas de esas en los ensueños.

Miró ella varias veces en torno suyo para asegurarse de que estaban solos.

—No ha sido un ensueño, Jack mío. Tenías tres años cuando volvimos de Argelia. Murió tu padre repentinamente y volvíamos á Turena.

—¡Ah! ¿Conque murió mi padre en Argelia?

—Sí... contestó ella, muy despacito y bajando la cabeza.

—¿Y cómo se llamaba mi padre?

Titubeó ella, muy conmovida; no se esperaba esa súbita curiosidad... Y, sin embargo, por molesta que fuera aquella conversación, no podía ella rehusar el darle á conocer su padre á un muchachote de veinte años ya en edad de oírlo y comprenderlo todo.

—Llevaba uno de los más grandes nombres de Fran-

cia, hijo mío; un nombre con que tú y yo nos firmaríamos hoy, si una catástrofe súbita, espantosa, no hubiese venido á impedirle que reparara su culpa... ¡Ah! Eramos muy jóvenes cuando nos encontramos... Era lo recuerdo, en una cacería de jabalíes en las barrancas de la Chiffa. Te diré que en aquella época tenía yo la pasión de la caza. Es más, recuerdo que montaba un caballo árabe llamado Solimán, un verdadero diablillo...

Y ya se había escapado; la loca se había escapado á rienda suelta sobre su caballo árabe llamado Solimán, recorriendo aquel país de quimeras, y poblándolo con todos los lores Peambock, con todos los rajahs de Singapore de su deslumbradora imaginación.

No trató Jack de interrumpirla; de sobra sabía que era inútil. Pero cuando ella se detuvo para tomar aliento, sofocada por el viento, la rapidez de su carrera, aprovechó él aquella breve parada para volver á su primitiva pregunta, fijando, por una palabra bien positiva, aquel espíritu que fácilmente descarrilaba:

—¿Cuál era el nombre de mi padre?, repitió.

¡Oh! La mirada extrañada de sus ojos claros... Se le había olvidado por completo de lo que estaban hablando. Muy de prisa, jadeante aún por la relación de sus correrías, contestó ella:

—Llamábase el marqués de l'Epan, jefe del escuadrón del tercero de húsares.

Preciso es creer que no tenía Jack sobre la nobleza, sobre sus derechos y prerrogativas, las mismas ilusiones que su madre, pues acogió con la mayor tranquilidad el secreto de su ilustre nacimiento. Después de todo, el que su padre hubiera sido marqués, no le impedía á él ser fogonero, y un mal fogonero, tan reventado, tan



descuartizado, tan fuera de servicio como la caldera del "Cydnus," la cual estaba en aquel momento en el fondo del Océano Atlántico, con seiscientas brazadas de mar por encima de ella. Que llevara su padre un nombre retumbante, no le impedía eso de llamarse Jack él, y ser uno de esos pobres desdichados que la vida trae y lleva en su ola movediza.

Por otra parte, aquel padre de que le hablaban había muerto ya, y ese despertar de una sensación desconocida, que durante un minuto había agitado á Jack, como no halló nada á qué asirse, anonadóse, una vez satisfecha su curiosidad, del mismo modo que se hundía todo lo demás en el embrutecimiento de sus facultades.

—Vamos, Carlota. . . . Hay que tomar una determinación con ese muchacho. No puede estar ahí eternamente sin hacer nada. Ya tiene buenas las piernas. Come como un buey, sin que esto sea un reproche. Tose todavía un poco; pero dice Hirsch que siempre toserá. Debería decidirse á algo. Si es demasiado dura la vida en los buques, que entre en los ferrocarriles. Labassindre asegura que se sacan muy buenos sueldos.

A estas censuras del poeta, objetaba Carlota que Jack estaba aún muy débil.

—¡Si vieras cómo se cansa cuando sube los cuatro pisos, y qué delgado está! Le oigo agitarse durante la noche. Mira, mientras tome fuerzas, deberías ocuparle en la "Revista."

—Corriente, dijo el otro. Le hablaré á Moronval.

También quiso Moronval hacer algún ensayo, pero no logró éxito. Durante algunos días desempeñó Jack en la "Revista" el oficio de mozo de oficina. Llevar prue-

bas á la imprenta, doblar los números, pegar las fajas, lo encargaron de todo, excepto de barrer las dos salas, las que, por un resto de pudor, dejaron á cargo del portero. Con su habitual impasibilidad, llenaba Jack aquellas diversas funciones, sufriendo las despreciativas alusiones de Monronval, quien tenía un montón de rencores que satisfacer, y la rabia fría de D'Argenton, cuyo humor se agriaba ante la constante resistencia de los abonados. ¡Pues no eran poco testarudos esos suscriptores! Sobre el magnífico libro talonario, cubierto de sarga verde, adornado de remates de cobre, libro destinado á la subscripción, sólo se leía el nombre de uno, perdido en la primera página como un cascarón de nuez sobre el inmenso mar desierto: "Sr. Conde de . . . en el castillo de . . . en Mettray, cerca de Tours." Ese suscriptor se lo debían á Carlota.

Pero no impedía esa ausencia de ingresos que continuaran los gastos, ni que se presentaran los redactores, el cinco de cada mes, á cobrar sus artículos, con más algún dinero adelantado.

Moronval, sobre todo, era insaciable. Después de venir él mismo, enviaba á su mujer, á Saïd, al "príncipe" japonés. D'Argenton se ponía furioso, pero no se atrevía á rehusar.

Era tan golosa su vanidad y tenía el mulato tantas golosinas en el bolsillo. . . . Sin embargo, cuando no tenía un céntimo la redacción, temiendo el Director que siguiesen los demás el ejemplo de Moronval, no cesaba de lamentarse, oponiendo á los sablistas la misma barrera infranqueable: "Mi comité de accionistas me lo prohíbe en absoluto."

El comité de accionistas estaba allí en un rincón, co-



mité sin saberlo, compuesto de un solo miembro, ocupado en pegar fajas con una brocha y un gran frasco de cola. Así como no había en la "Revista" más que un abonado: "Buen Amigo," sólo había un accionista, Jack, con el dinero de "Buen Amigo."

Ni Jack ni nadie lo sospechaba: pero D'Argenton lo sabía, y era un malestar, una vergüenza consigo mismo, y, sobre todo, con el hijo de aquella mujer, á quien volvía á odiar como antes.

Al cabo de ocho días, declararon inútil al mozo de oficina.

—No nos sirve para nada; lejos de ayudar, es una molestia para todo el mundo.

—¡Pero, querido, si hace cuanto puede!

Sentíase ella con más ánimo para defenderle, desde el gran susto que había sufrido.

—En una palabra, te digo que me molesta. ¿Cómo explicarte eso? No está en su centro con nosotros. No sabe ni hablar, ni sentarse; ¿no ves cómo está en la mesa, con las piernas separadas, siempre á una legua de su cubierto, y cómo se queda dormido sobre su plato?... Y luego, ese muchachote siempre á tu lado, te envejece, hija mía. Además, tiene costumbres deplorables. Bebe; te digo que bebe. Nos trae aquí olores á taberna. ¡En fin, es un obrero!

Bajó ella la cabeza, y lloró. Ya lo había ella notado que bebía; pero ¿quién tenía la culpa? ¿No habían sido ellos quienes lo habían precipitado en el abismo?

—Mira, Carlota, tengo una idea. Puesto que está aún demasiado débil para buscar trabajo, vamos á mandarle á Etiolles para que se restablezca. Pasará algún

tiempo en el campo, respirando aire puro, y quizás no ayude á alquilar "Parva domus," que se nos ha quedado encima con una escritura para diez años. Le mandaremos algún dinero, cuanto necesite.... Eso le aprovechará.

Carlota le abrazó en un arranque de agradecimiento.

—¡Oh!... ¡Tú eres el mejor de todos!

Y quedó convenido que iría ella al día siguiente á instalar á su hijo en Aulnettes.

Llebaron allá en una de esas mañanas de otoño, dulces y doradas, que parecen un verano atibiado, aliviado de su calor pesado y ardoroso. Ni un soplo en el aire, pero muchos gorjeos de los pájaros, crujidos en las hojas caídas, y un perfume de madurez, de henos secos, de hierbas quemadas, de frutas maduras. Los senderos del parque, apenas alumbrados, sembrados de flores amarillas, como recibían menos sol, también menos sol daban, prestaban más sombra, y silenciosos, suaves, llegaban hasta las cañadas. Jack reconocía todos aquellos caminos. Al poner allí el pie, tomaba de nuevo posesión de algunos años de su infancia, años felices, inolvidables; y á pesar de las tristezas de su falsa posición, sintió su ser dilatarse en la buena, en la libre Naturaleza. También ella parecía reconocerle, llamarle, acogerle. En su alma enternecida por todos aquellos recuerdos y por su debilidad, oía Jack una voz reconfortante y dulce: "Ven á mí, pobre niño; ven sobre mi corazón, de latidos lentos y serenos. Yo te abrazaré, yo te cuidaré. Tengo bálsamo para todas las heridas, y el que lo busca ya está curado...."

Carlota dejó temprano á su hijo y la casita, con todas sus ventanas abiertas al aire tibio, con todos los rui-



dos del jardín ligeramente inculto, que mezclaba sus flores y sus frutos en el renuevo de la estación otoñal; la casita que recorría Jack pieza por pieza, bajándose un poco para encontrar en todos los rincones migajas de su infancia desaparecida, resultó por primera vez, y sin ironía alguna, en armonía con el letrero de su frontispicio:

“Pequeña casa, gran reposo.”

FIN DEL TOMO II.



## En una Playa

En una ígnea eucaristía del abismo, las olas se tragaban al sol agonizante. Una gran nube adusta se aproximaba cada vez más al moribundo como para recoger, cual una vestal fantástica, la última herencia de fuego. En el gris cinericio; en el oscuro de montaña, jaspeado como evanto; en la densa y amplia franja de la baja lejanía, livida en las desgarraduras de azucena; en la belleza doliente de la tarde sin púrpura, florecía la tristeza arcana y trágica que llena el mundo y triunfa como una musa en las almas cantantes y nostálgicas. Lilas descaecidas, amatistas dispersas, blandas hondas blondas, perdíanse en la decoración dolorosa del crepúsculo, huyendo en la melancolía ambiente como ruinas de una pompa vencida.